

PLATICA EN LA MISA DEL 7 DE DICIEMBRE

FOR

JUAN RAMÍREZ VALIDO, Pbro.

HERMANOS:

Cuando nosotros hablamos de la Redención, cuando pensamos en nuestra salvación, surge inmediatamente en nuestra mente la figura de Cristo ofreciendo al Eterno Padre todos sus méritos para nuestra redención. Se nos presenta Cristo, un ser histórico que vivió hace veinte siglos, realizando con su obediencia toda la obra de la salvación.

Pero no solamente pensamos en Cristo. Fijamos también nuestra mirada en nosotros, en los hombres de hoy, y decimos —así lo creemos— que la salvación se nos hace presente porque se nos aplican los méritos de Cristo. En virtud de esos méritos, gracias a ellos, hoy nos podemos salvar.

Y al decir todo esto afirmamos una verdad de fe. De fe es que Cristo nos mereció la salvación, que Cristo con sus actos libres hechos en honor del Padre nos consiguió la remisión de nuestros pecados y el don de la gracia, que es una participación de la misma vida de Dios.

De fe es también, y lo tenemos que creer que todo eso, la remisión de nuestros pecados y la participación de la vida de Dios y todo el orden, toda la economía de la salvación, se nos hace presente hoy gracias a los méritos de Cristo.

Pero yo quisiera que vuestra atención se fijara en algo muy importante. Todos debemos tener presente que esas dos realidades —méritos de Cristo y aplicación a los hombres— no expresan toda la relación que de hecho existe entre esos méritos y nuestra salvación.

Si solamente tenemos presente en nuestra mente, si únicamente consideramos esas dos verdades, los méritos de Cristo aparecen como algo ya pasado, como algo que acaeció hace veinte siglos, como algo que no tiene hoy presencia física, como algo que solamente conserva una presencia intencional, como algo presente únicamente en el pensamiento de Dios.

Y, sin embargo, no es así. Los méritos de Cristo están presentes ahora en Cristo resucitado, en ese Cristo que vive en el momento actual, en ese Cristo que tiene actualmente su alma y su cuerpo totalmente divinizados, en ese Cristo que en la mañana del Domingo de Resurrección quedó convertido en potencia vivificante, "fue hecho el último Adán espíritu que da vida", I Cor. 15, 45. Esos méritos están presentes hoy en ese manantial de aguas vivas que es Cristo según Jon. 7, 37 ss., y está presente para hacer que brote de nosotros una fuente que salte hasta la vida eterna, Jon. 4, 14.

Por tanto, entre los actos salvíficos de Cristo, entre sus actos meritorios y nuestra justificación hay que colocar a Cristo convertido en potencia vivificante el día de su Resurrección.

Aquí surge espontáneamente una pregunta.

¿Para qué es Cristo hoy poder vivificante?

¿Para qué es Cristo hoy fuente de agua viva?

¿Qué es lo que tiene que vivificar Cristo?

¿Qué es lo que esa agua tiene que fecundar?

La primera pregunta encuentra su respuesta en el cap. 17, 1 de San Juan, "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo. para que tu Hijo te glorifique a ti". Pensemos que la gloria del Padre en el cumplimiento fiel de su voluntad fue la meta de toda la vida mortal de Cristo: "Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar", Jon. 17,44. Glorificar al Padre realizando el proyecto de salvación es la razón de ser de ese poder vivificante con el que Cristo fue adornado en la mañana de Domingo de Resurrección.

La segunda pregunta tiene también fácil respuesta. No voy a fijar la atención en la santificación de nuestra alma en con-

tacto con Cristo. Mi intención es ver lo que ese principio de vida significa para nuestros cuerpos y para la creación entera.

Y lo que significa para nuestros cuerpos y la creación entera nos lo dicen San Pablo en I Cor. 15, San Pedro en II, 3, 13, y San Juan en el Apoc. 21,1 ss.

San Pablo en todo el cap. 15 nos habla de la resurrección de nuestros cuerpos y pone como fundamento de ello la resurrección de Cristo.

San Pedro y San Juan nos hablan de la transformación de la creación entera al final de los tiempos: “Esperamos cielos nuevos —nos dice San Pedro— y una tierra nueva, según su promesa, en los cuales habite la justicia”, y San Juan “vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido...”.

Nosotros y todas las cosas seremos transformados totalmente el último día de los tiempos.

Nosotros resucitaremos, y nuestros cuerpos estarán completamente divinizados. El poder vivificante, divinizante, de Cristo hará de nuestros cuerpos mortales unos cuerpos gloriosos, transidos por la divinidad, como transida por la divinidad está nuestra alma en ese espacio de tiempo que la teología actual llama “es-catología intermedia”.

Pero esa resurrección gloriosa no será sino el fruto maduro de una divinización que ya ha comenzado en esta vida al contacto con Cristo resucitado. No olvidemos lo que el Señor nos dice en su promesa de la Eucaristía. El que come su carne y bebe su sangre tiene ya un germen de resurrección y por eso le resucitará Él en el último día. Jon. 6, 55. El poder vivificante de Cristo ha depositado ya en nosotros el germen de resurrección. Esa semilla producirá su fruto. la transformación de nuestros cuerpos el último día. Pero el fruto no se cosechará si primero nuestro cuerpo no se pudre en el sepulcro: “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere dará mucho fruto”, Jon. 12, 24. Así también nuestro cuerpo tendrá que ser enterrado en el sepulcro para que esa semilla de inmortalidad, de divinización llegue a madurar en nosotros.

El Bautismo, al injertarnos en Cristo muerto y resucitado, Ron. 6, 3 ss., ha puesto en nosotros una exigencia ontológica y por consiguiente también jurídica de no hacer inútil el poder vivificante de ese mismo Cristo, de hacer que ese torrente de agua viva fecunde toda nuestra vida, todo nuestro existir. Por eso nosotros, en frase del Apóstol en el lugar últimamente citado, tenemos que vivir una vida nueva.

Y lo que acaece con nuestro cuerpo tiene que realizarse también en la creación entera. Ella será glorificada, pero ya desde ahora hay que depositar un germen de glorificación. No vamos a entrar aquí ahora en la problemática teológica, ni es éste lugar para ello, si la divinización de la creación ya en el tiempo presente tiene que ser inmediata o mediata. Para nuestro intento nos es indiferente cualquier opinión, ya que las dos dejan a salvo la obligación del bautizado de llevar a las estructuras humanas el espíritu de Cristo. Lo cierto es que ya desde ahora tiene la creación que ser divinizada, y esta divinización solamente se puede conseguir en contacto con Cristo, con el único Cristo que existe, el Cristo muerto y resucitado.

El poder transformador de Cristo tiene que ser operante en el momento presente en el mundo. Pero, podemos preguntarnos, ¿cómo llega, por medio de quiénes este poder vivificante se hace realidad en el mundo? La respuesta es sencilla. Este poder vivificante se hace presente en las estructuras temporales por medio de vosotros, por medio de los seglares.

Por el Bautismo habéis entrado en contacto con Cristo, y ese quedar sumergidos en Cristo muerto y resucitado ha hecho surgir en vosotros una exigencia y una obligación de hacer que ese poder de vida llegue a las cosas de este mundo.

He dicho por medio de vosotros seglares, porque en el religioso, por haber recibido esos dones divinos que son los votos, su bautismo tiene una plenitud que no tiene el vuestro, Perf. Cart. núm. 5 y por tanto unas exigencias que no tiene vuestro bautismo y unos caminos que seguir que no son los vuestros, y en nosotros los sacerdotes las exigencias y obligaciones de nues-

tro bautismo han quedado especificadas y delimitadas por el carácter sacerdotal.

El seglar bautizado tiene que preocuparse por las cosas de este mundo por dos títulos:

a) El primero, común a los no bautizados, tiene que preocuparse por el mero hecho de ser hombre. Por este título todos vosotros tenéis que preocuparos en un compromiso con las realidades temporales para que éstas sirvan al desarrollo de la persona humana y sean un marco adecuado para el florecimiento de todas las virtudes del hombre.

b) El segundo, que no lo poseen los no bautizados, tiene su origen en esa inmersión en Cristo por medio del Bautismo. Este sacramento compromete a los seglares con Cristo y con el mundo.

Con Cristo para que su poder transformante no sea estéril.

Con el mundo, porque, según el pensamiento de Dios, tiene que tener ya el germen de glorificación que llegará a su madurez el último día de los tiempos.

Este germen de glorificación tenéis que sembrarlo vosotros estructurando todo el mundo según el pensamiento de Dios, pensamiento de Dios que se os va haciendo presente a través del magisterio de la Iglesia.

Dos títulos que tienen su origen, el primero en vuestra condición de hombres, el segundo en vuestro ser de bautizados, pero que de ninguna manera se oponen o se contradicen.

Lo sobrenatural no destruye ni contradice lo natural, sino que lo perfecciona. Por eso el compromiso temporal que brota de vuestro carácter bautismal eleva y perfecciona al que nace de vuestra condición de hombres. Esta verdad, que es la enseñada por el Vat. II en L. G. núm. 31, G. et Sp, núm. 21, 43 y Apst. Act. núm. 7, nos hace pensar en la responsabilidad que habéis contraído con Cristo de no hacer estéril su poder de salvación, su virtud transformante, de no hacer infecundo ese torrente de aguas que es Él.

Mirad. Estamos celebrando la Santa Misa. En ella, Cristo muerto y resucitado, Cristo glorioso, en virtud de las palabras

del sacerdote, se hace presente en el Altar en estado de Víctima. Ese Cristo victimado en el Altar tiene toda la fuerza de salvación. Aprovechadla, primero, cuando al ofrecer por medio del sacerdote y directamente la divina Víctima al Padre, reafirméis vuestra obligación de hacer realidad en el mundo el poder salvífico de ella, y luego, cuando al recibirle en la comunión llevéis a plenitud, perfeccionéis ese pacto que habéis sellado con Cristo de ser instrumentos suyos en orden a la transformación de las cosas de este mundo.

HERMANOS :

Pensad seriamente en ese compromiso que en el Bautismo habéis contraído con Cristo, con ese Cristo que, glorioso, vivificante, vive hoy, en este momento presente.

Pensad seriamente en ese compromiso que en todas las Misas, que en esta Misa, volvéis a rubricar con Cristo.

Pensad seriamente en ese compromiso pactado con Cristo que, al comulgar, habéis llevado a su plenitud, en ese compromiso que en el día de hoy, cuando comulguéis, volvéis a perfeccionar.

Mañana es el día de Inmaculada. Es el centenario del Concilio Vaticano I. Es voluntad del Romano Pontífice que se celebre el centenario de este concilio haciendo resaltar la validez y coherencia de su doctrina con todo el magisterio, en especial con las enseñanzas del Vaticano II.

Yo creo que como terminación de esta plática nos vendrá bien una breve consideración sobre aquellas palabras que el Vaticano I trae en la introducción a su sección IV "sobre la Iglesia de Cristo" de que el Papa es en ella el principio de unidad. Esta misma doctrina es enseñada por el Vaticano II en L. G. núm. 23.

Dentro de la pluralidad que admite el compromiso temporal debéis trabajar todos unidos. Para gozar de esta unidad es absolutamente necesario que tengáis fijos los ojos en Roma. Admitiendo

las enseñanzas del Vicario de Cristo poseeréis la doctrina que os tiene que iluminar en la empresa de llevar a las estructuras humanas el espíritu de Cristo y disfrutaréis de esa unidad que Él quiso para los suyos.

Que el Señor Jesús os conceda a todos la gracia de no hacer inútil, estéril e infecunda su virtud transformante, su poder vivificador, su fuerza fecundante. Que todo ese manantial de vida, que es Él, llegue a vosotros y os inunde y por vosotros a todas las realidades humanas.